

SRA. SARTI: Usted es el que ha estudiado y el que puede pagar.

GALILEI: Ya veo, ya veo. No, ya no hay dificultades. Buenas noches, señora Sarti. (*La señora Sarti se va, divertida.*) ¿Y esta gente no quiere comprender la verdad? ¡Si la cogen al vuelo! (*Una campana llama a maitines. Entra Virginia, con abrigo, llevando una lámpara.*) ¿Por qué estás levantada ya?

VIRGINIA: Iré a maitines con la señora Sarti. Ludovico también vendrá. ¿Cómo fue la noche, padre?

GALILEI: Clara.

VIRGINIA: ¿Puedo mirar?

GALILEI: ¿Para qué? (*Virginia no sabe qué responder.*) Esto no es un juguete.

VIRGINIA: No, padre.

GALILEI: Y por otra parte este tubo decepciona, ya lo oirás por todos lados. Se puede comprar por tres escudos en la calle y ya fue inventado antes en Holanda.

VIRGINIA: Pero ¿no has visto nada nuevo en el cielo con él?

GALILEI: Sólo algunas pequeñas manchas borrosas en el lado izquierdo de una gran estrella que nadie alcanzará a ver, ni siquiera con el tubo. He tenido que idearme algo para que aquel que quiera verlas tenga que empeñarse bastante. (*A medida que habla va dejando de lado a Virginia para dirigirse a Sagredo.*) Quizá las bautice como "Astros de Médici" en honor del Gran Duque de Florencia. A ti tal vez te interese saber que existe la posibilidad de mudarnos a Florencia. He escrito una carta para ver si el Gran Duque necesita mis servicios como matemático en la corte.

VIRGINIA (*radiante*): ¿En la corte?

SAGREDO: ¡Galilei!

GALILEI: Amigo mío, necesito tranquilidad. Y también la olla llena. En ese cargo no tendré que meterles en la cabeza el sistema de Ptolomeo a ninguna clase de alumnos privados, sino que dispondré de tiempo. ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Tiempo para poder llegar a mis pruebas! Lo que hasta ahora he logrado no es suficiente. ¡Esto no es nada, sólo un miserable fragmento! Con esto no puedo presentarme ante el mundo. No tengo ninguna prueba de que algún cuerpo ce-

leste se mueva alrededor del Sol. Pero yo traeré pruebas, pruebas para todos, desde la señora Sarti hasta arriba, hasta el Papa. Mi única preocupación es que la corte no llegara a aceptarme.

VIRGINIA: ¡Pero sí, padre, no cabe duda de que te tomarán, con las nuevas estrellas y todo!

SAGREDO (*lee en voz alta el final de la carta que Galilei le ha alcanzado*): "Nada anhelo tanto como poder estar cerca de vos, sol naciente que ilumina nuestra era." El Gran Duque tiene nueve años de edad.

GALILEI: Así es. Me parece que tú encuentras mi carta muy servil. Yo me pregunto si es lo suficientemente servil y no resulta tal vez demasiado formal, como si me hubiese faltado una verdadera sumisión. Escribir una carta sobria sólo puede permitírsele alguien que haya logrado demostrar a Aristóteles, pero no yo. Un hombre como yo sólo puede llegar a una mediana posición arrastrándose sobre su barriga. Y tú lo sabes, desprecio a aquellos cuyo cerebro no es capaz de llenar su estómago. (*A Virginia.*) Véte a escuchar tu misa. (*Virginia se va.*)

SAGREDO: No vayas a Florencia, Galilei.

GALILEI: ¿Por qué no?

SAGREDO: Porque allí gobiernan los monjes.

GALILEI: En la corte florentina hay eruditos de nombre.

SAGREDO: Lacayos.

GALILEI: A éstos los tomaré de la cabeza y los arrastraré hasta el antejo. También los monjes son seres humanos, Sagredo. También ellos capitulan ante la seducción de los hechos. No debes olvidar que Copérnico exigió que creyeran a sus números. Yo sólo exigiré que crean a sus propios ojos. Si la verdad es tan débil para defenderse a sí misma, debe entonces pasar al ataque. Los tomaré de la cabeza y los obligaré a mirar por este antejo.

SAGREDO: Galilei, te veo tomar por el mal camino. Cuando el hombre vislumbra la verdad sobreviene la noche del infortunio, y la hora de la ofuscación suena cuando ese hombre cree en la razón de las criaturas humanas. ¿De quién se dice que marcha con los ojos abiertos? Precisamente de aquel que

camina hacia su perdición. ¿Cómo podrían dejar libre los poderosos a alguien que posee la verdad? ¿Aunque esa verdad sea dicha acerca de las más lejanas estrellas? ¿O crees tú acaso que el Papa oye tu verdad cuando tú dices que él está errado, y no oye al mismo tiempo que efectivamente está errado? ¿Crees acaso que sin más ni más escribirá en su diario: 10 de enero de 1610, hoy ha sido abolido el cielo? ¿Cómo puedes partir de la República con la verdad en el bolsillo para caer en las garras de príncipes y monjes con tu anteojo en la mano? Así como eres de desconfiado en tu ciencia así eres crédulo como un niño con todo lo que crees te facilitará los medios para cultivarla. No crees en Aristóteles pero sí en el Gran Duque de Florencia. Cuando hace unos momentos te veía mirar por el anteojo y contemplar esos nuevos planetas, fue para mí como si te viera en medio de las llamaradas de la hoguera, y cuando dijiste que creías en las pruebas me pareció oler carne quemada. Tengo un gran aprecio por la ciencia, pero más por ti, mi querido amigo. ¡No vayas a Florencia, Galilei!

GALILEI: Si ellos me aceptan, allá iré.

En un telón aparece la última hoja de una carta: "A las nuevas estrellas que he descubierto las bautizaré con el alto nombre de la estirpe de los Médici. Bien sé que a los dioses y héroes les ha bastado la elevación de sus nombres a lo alto para gozar de eterna gloria, pero en este caso ocurrirá lo contrario, el nombre de los Médici asegurará a las estrellas que lo lleven un inmortal recuerdo. Por mi parte os saludo como uno de vuestros más fieles y devotos servidores, y considero un gran honor el haber nacido como súbdito vuestro. Nada anhelo tanto como poder estar cerca de vos, sol naciente que iluminará nuestra era. Galileo Galilei."

GALILEI HA DEJADO LA REPÚBLICA DE VENECIA POR LA CORTE FLORENTINA. LOS DESCUBRIMIENTOS LOGRADOS POR MEDIO DEL TELESCOPIO CHOCAN CON LA INCRECULIDAD DE LOS CÍRCULOS ERUDITOS DE LA CORTE.

Casa de Galilei en Florencia. La señora Sarti realiza preparativos para la recepción de huéspedes. Su hijo Andrea está sentado acomodando cartas astronómicas.

SRA. SARTI: Desde que felizmente nos hallamos en esta tan ponderada Florencia, no se termina nunca de agachar el lomo ni de pasar la lengua. La ciudad entera viene a mirar por ese tubo y después... el fregado del piso, para mí. Y de todo esto no resultará nada. Si en esos descubrimientos hubiese algo, los señores clérigos serían los primeros en saberlo. ¡Cuatro años estuve al servicio de Monseñor Filippo y nunca pude terminar de sacudir el polvo de su biblioteca! ¡Tomos encuadernados en cuero y nada de versitos! Y el bueno de Monseñor tenía más de dos libras de callos en el trasero de tanto estar sentado sobre toda su ciencia. ¿Y un hombre así no va a saber esto? Toda la gran visita de hoy va a resultar un chasco, de modo que mañana ni al lechero podré mirarle a la cara. Tenía razón cuando le aconsejé preparar a los señores primero una buena cena, con buena carne de cordero, antes de ir a mirar por el tubo. ¡Pero no hay caso! (Imita a Galilei.) "Yo tengo otra cosa mejor para ellos." (Golpea abajo.)

SRA. SARTI (mirando por la mirilla de la ventana): ¡Santo Dios! ¡El Gran Duque está ya aquí! ¡Y Galilei todavía en la Universidad! (Baja la escalera y hace pasar al Gran Duque de Toscana, Cosme de Médici, y al Mayordomo Mayor de la Corte.)

no demorarse. La corte espera con extrema curiosidad la opinión de la distinguida Universidad sobre el extraordinario instrumento del señor Galilei y las maravillosas estrellas recién descubiertas. (*Suben. Los muchachos quedan paralizados. Han oído el ruido de abajo.*)

COSME: Allí está. ¡Déjame levantarme! (*Se paran rápidamente.*)

LOS SEÑORES (*subiendo*): No, no, si todo está en el más perfecto orden. —La Facultad de Medicina ha rechazado la posibilidad de que en la parte vieja de la ciudad pudiera haber apestados. —Los miasmas deberían estar congelados con la temperatura que reina actualmente. —Lo peor en estos casos es siempre el pánico. —No es otra cosa que los casos comunes de constipación en esta época del año. —Toda otra sospecha es infundada. —Todo está en el más perfecto orden. (*Arriba, saludos.*)

GALILEI: Vuestra Alteza, me siento muy feliz de poner en contacto a estos señores con las recientes novedades en vuestra augusta presencia. (*Cosme se inclina muy formal a todos los costados, también ante Andrea.*)

EL TEÓLOGO (*mirando el modelo de Ptolomeo que yace roto en el suelo*): Aquí parece que algo se ha quebrado. (*Cosme levanta rápido el modelo y se lo entrega cortésmente a Andrea. Entretanto, Galilei guarda con disimulo el otro modelo.*)

GALILEI (*acercándose al anteojo*): Como Vuestra Alteza bien lo sabe, desde hace algún tiempo nosotros, los astrónomos, tenemos grandes dificultades con nuestros cálculos. Para esos cálculos utilizamos un sistema muy antiguo que si bien parece concordar con la filosofía no es compatible con los hechos. Según ese antiguo sistema, el de Ptolomeo, los movimientos de los astros serían complicadísimos. El planeta Venus, por ejemplo, realizaría un movimiento más o menos así. (*Dibuja sobre una pizarra la trayectoria epicíclica de Venus según la hipótesis ptolemeica.*) Pero en el caso de que aceptáramos como ciertos a movimientos tan complicados, no nos sería posible calcular de antemano la posición justa de los astros por-

que no los encontraríamos allí donde deberían estar. Además de esto existen otros movimientos que el sistema de Ptolomeo ignora. Movimientos semejantes alrededor del planeta Júpiter realizan, a mi parecer, unas pequeñas estrellas descubiertas hace poco por mí. ¿Están conformes los señores en comenzar con un reconocimiento de Júpiter?

ANDREA (*mostrando el banquito frente al anteojo*): Por favor, tomen asiento aquí.

EL FILÓSOFO: Gracias, pequeño, pero me temo que no sea todo tan sencillo. Señor Galilei, antes de emplear su famoso anteojo quisiéramos tener el placer de una discusión. Tema: ¿pueden existir tales planetas?

EL MATEMÁTICO: Una discusión de principios.

GALILEI: Es que yo había pensado que para convencerse les bastaría mirar por el anteojo.

ANDREA: Aquí, por favor.

EL MATEMÁTICO: Natural, natural. Pero tal vez sepa usted que según las hipótesis de los antiguos no existen ni estrellas que giran alrededor de otro centro que no sea la Tierra ni astros en el cielo que no tengan su correspondiente apoyo.

GALILEI: Sí.

EL FILÓSOFO: Y... apartándonos de la posibilidad de la existencia de tales estrellas que el matemático (*se inclina ante éste*) parece dudar, quisiera yo, con toda humildad, plantear la siguiente pregunta: ¿son necesarias tales estrellas? Aristotelis divini universum...

GALILEI: ¿No podríamos continuar en el habla corriente dado que mi colega, el señor Federzoni, no comprende latín?

EL FILÓSOFO: ¿Tiene importancia acaso que nos entienda?

GALILEI: Sí.

EL FILÓSOFO: Disculpe usted, yo pensé que era su pulidor de lentes.

ANDREA: El señor Federzoni es un pulidor de lentes y un erudito.

EL FILÓSOFO: Gracias, pequeño. Si el señor Federzoni insiste...

GALILEI: El que insiste soy yo.

EL FILÓSOFO: Mis argumentos perderán su brillantez, pero

no podrían ocurrir porque si no los astros perforarían las esferas. ¿Pero si ustedes pudieran comprobar esa clase de movimientos? Tal vez entonces llegarían a la conclusión de que tales esferas no existen. Señores míos, les ruego con toda humildad, confíen en sus ojos.

EL MATEMÁTICO: Mi estimado Galilei, yo acostumbro leer a Aristóteles de tanto en tanto —aunque a usted le parezca anticuado— y puedo asegurarle que ahí sí confío en mis ojos.

GALILEI: Es que ya estoy acostumbrado a ver cómo los señores de todas las facultades cierran sus ojos frente a hechos palpables y proceden de modo como si no hubiera pasado nada. Les muestro mis apuntes y se sonríen, les pongo mi anteojito a su disposición para que se convenzan y salen citando a Aristóteles. ¡Si el hombre no tenía ningún anteojito!

EL MATEMÁTICO: Por supuesto, por supuesto.

EL FILÓSOFO (*importante*): Si aquí se procura enlodar la autoridad de Aristóteles, reconocida no sólo por todas las ciencias de la antigüedad sino también por los Santos Padres de la Iglesia, debo entonces advertir que considero inútil toda continuación de la disputa. Rechazo toda discusión impertinente. ¡Ni una palabra más!

GALILEI: El padre de la verdad es el tiempo y no la autoridad. ¡Nuestra ignorancia es infinita, disminuyamos de ella tan siquiera un milímetro cúbico! ¿Por qué ahora ese afán de aparecer sabios cuando podríamos ser un poco menos tontos? He tenido la inconcebible felicidad de recibir un instrumento con el cual se puede observar una puntita del universo, algo, no mucho. ¡Utilícenlo!

EL FILÓSOFO: Vuestra Alteza, damas y caballeros, yo me pregunto: ¿a dónde nos lleva todo esto?

GALILEI: Yo diría mejor: los científicos no debemos temer hasta dónde nos pueda llevar la verdad.

EL FILÓSOFO (*fuera de sí*): ¡Señor Galilei, la verdad nos puede llevar a cualquier parte!

GALILEI: Vuestra Alteza, en estas noches, en toda Italia se enfoca el cielo con estos anteojos. Las lunas de Júpiter no

abaratan la leche, pero nunca fueron vistas y la realidad es que existen. De ahí el hombre de la calle saca la conclusión de que podría ver muchas cosas si abriera sus ojos. Y a él se le debe una explicación. No son los movimientos de algunas lejanas estrellas los que hacen agudizar los oídos a toda Italia, sino la noticia de que doctrinas tenidas como incommovibles comienzan a perder firmeza. Y cada uno sabe que hay demasiadas en esa situación. Señores míos, no nos pongamos a defender doctrinas en decadencia.

FEDERZONI: ¡Ustedes son los que deberían enterrarlas!

EL FILÓSOFO: Vería con agrado que su pulidor se reservara sus consejos en esta disputa científica.

GALILEI: Vuestra Alteza, mi trabajo en el Gran Arsenal de Venecia me puso en contacto con dibujantes, constructores e instrumentistas. Esa gente me enseñó nuevos caminos. Sin ser ilustrados, confían en el testimonio de sus cinco sentidos, sin temer generalmente hacia dónde los pueda llevar ese testimonio, de la misma manera que nuestra gente de mar hace cien años abandonó nuestras costas sin saber a ciencia cierta qué playas tocaría, si en verdad lograba tocar alguna. Me parece que hoy, para encontrar esa noble avidez que llegó a conformar la verdadera gloria de la antigua Grecia, debemos dirigirnos a los astilleros.

EL FILÓSOFO: Después de todo lo que acabo de escuchar, no tengo la menor duda de que el señor Galilei encontrará muchos admiradores en los astilleros.

EL MAYORDOMO: Vuestra Alteza, veo con pavor que esta extraordinaria e instructiva conversación se ha prolongado en demasía. Su Alteza debe descansar un poco antes del baile de palacio. (*A una señal, el Gran Duque se inclina ante Galilei. El séquito se pone inmediatamente en movimiento.*)

SRA. SARTI (*se pone en el camino del Gran Duque y le ofrece un plato con pasteles*): ¿Una rosquilla, Vuestra Alteza? (*La dama de honor más vieja conduce al Gran Duque afuera.*)

GALILEI (*corriendo detrás*): ¡Pero si los señores sólo tienen necesidad de ver por el tubo para convencerse!

EL MAYORDOMO: Su Alteza no dejará de consultar la opinión del más grande de los astrónomos de nuestro tiempo, el padre Cristóforo Clavius, astrónomo jefe del Colegio Pontificio de Roma, acerca de sus aseveraciones, señor Galilei.

SIN INTIMIDARSE POR LA PESTE, GALILEI CONTINÚA CON SUS INVESTIGACIONES.

De mañana temprano. Galilei, al lado del telescopio, sigue con sus apuntes. Virginia entra con una maleta de viaje.

GALILEI: ¡Virginia! ¿Ha ocurrido algo?

VIRGINIA: El convento ha cerrado y nos obligan a regresar a casa. En Arcetri hay cinco apestados.

GALILEI (llamando): ¡Sarti!

VIRGINIA: Anoche cerraron también la calleja del mercado. Parece que hay dos muertos en la parte vieja de la ciudad y tres están moribundos en el hospital.

GALILEI: De nuevo lo han callado todo hasta el último minuto.

SRA. SARTI (entrando): ¿Qué haces tú aquí?

VIRGINIA: La peste.

SRA. SARTI: ¡Dios mío! Haré las maletas. *(Se sienta.)*

GALILEI: Deje las maletas. Cuide de Virginia y de Andrea. Yo juntaré mis apuntes. *(Galilei se dirige apresuradamente a su mesa y recoge algunos papeles con toda precipitación. La señora Sarti pone un abrigo a Andrea, que entra corriendo, y va luego en busca de ropa de cama y comida. Entra un lacayo del Gran Duque.)*

LACAYO: Su Alteza ha abandonado la ciudad en dirección a Bolonia a causa de los estragos de la peste. Antes de partir insistió en dar al señor Galilei la oportunidad de ponerse a salvo. La calesa estará dentro de dos minutos frente a la puerta.

SRA. SARTI (a Virginia y Andrea): Pronto, vamos ya. ¡Hala!, lleven esto.

ANDREA: ¿Por qué? Si no me dices primero qué es lo que pasa, no voy.

SRA. SARTI: ¡La peste, hijo mío!

VIRGINIA: Esperemos a papá.

SRA. SARTI: Señor Galilei, ¿está ya listo?

GALILEI (*envolviendo el telescopio con el mantel*): Lleve a Virginia y Andrea a la calesa. En seguida voy.

VIRGINIA: No, sin ti no vamos. Si te pones primero a empaquetar tus libros no estarás nunca listo.

SRA. SARTI: Ya está ahí el coche.

GALILEI: Sé razonable, Virginia, si ustedes no suben se marchará el coche. La peste no es ninguna bagatela.

VIRGINIA (*protestando, mientras la señora Sarti la empuja con Andrea hacia afuera*): ¡Ayúdelo con sus libros, si no no vendrá!

SRA. SARTI (*llamando desde la puerta*): Señor Galilei, el cochero se niega a esperar.

GALILEI: Señora Sarti... no creo que deba yo partir. Mire esto, todo está en desorden, todo, los apuntes de tres meses que no servirán para nada si no los continúo dos noches más. Y la peste se halla en todos lados.

SRA. SARTI: ¡Señor Galilei! ¡Ven inmediatamente! Estás loco...

GALILEI: Usted debe llevarse a Virginia y Andrea. Yo los seguiré después.

SRA. SARTI: En una hora no podrá salir ya nadie de aquí! ¡Ven! ¡Tienes que venir! (*Escuchando.*) ¡Se va! ¡Lo detendré! (*Desaparece. Galilei se pasea por la habitación. La señora Sarti regresa muy pálida, sin su atado.*)

GALILEI: ¿Qué hace ahí parada? Todavía es capaz de perder la calesa con los niños.

SRA. SARTI: Ya se ha ido. A Virginia la tuvieron que con tener. En Bolonia ya se ocuparán de ellos. ¿Pero quién le guisará a usted aquí?

GALILEI: ¡Estás loca! ¡Quedarte en la ciudad para guisar! (*Toma sus apuntes.*) Señora Sarti, no vaya a creer que soy un demente. Es que no puedo tirar por la borda todas estas

observaciones. Tengo enemigos poderosos y es necesario que reúna pruebas para ciertas aseveraciones.

SRA. SARTI: No necesita disculparse. Pero no me dirá que esto es razonable.